

arredraba ante los atildamientos de aquella esfera elegante y encumbrada. Su inalterable llaneza, su simpática condicion, su carácter sacerdotal, y principalmente su humor festivo, le granjeaban el aprecio de todos. A él le era lícito decir cosas contrarias al instituto y nombre de la academia, que en los labios de otro cualquiera habrían sido insolencia y descortesía. Al abrigo de su jovial y bondadosa índole había llegado á conquistar la impunidad de los juglares de otros tiempos. Siempre era aplaudido con entusiasmo, y nadie caía en la tentación de tomar por lo serio ni sus extravagancias literarias ni sus escabrosas agudezas (1). Acaso el mismo *Villarroel* no se decidió nunca tampoco á tomar por lo serio ni sus propios versos ni los ajenos. Comprendía que su época no era tiempo de poesía, y así lo expresaba claramente, diciendo:

Bien sé que el laurel de Apolo,  
Hoy, más que corona, afrenta....

## CAPÍTULO IX.

Poetas indisciplinables. — Villarroel. — Nieto Molina. — Marujan.

Á pesar del imperio que iban adquiriendo en las letras las prescripciones doctrinales de las *Poéticas*, y á pesar también de la autoridad que había ya cobrado el espíritu *académico*, en el nuevo sentido que empezaba á darse á esta palabra, no faltaban todavía poetas que, sin atreverse á negar la entonces decantada excelencia de las doctrinas clásicas, siguiesen, por hábito y por instinto, la senda que les señalaba su índole poética, indisciplinable y española. Tres de estos poetas, *Villarroel*, de quien acabamos de hablar, *Nieto Molina*, y *Marujan* merecen, si bien por diferentes títulos, mencion especial en la historia de la transformación del gusto literario en el siglo último.

Ingenioso, pero vulgar, sin altas cualidades de poeta, y absolutamente contagiado de la corrupción literaria, fué, sin embargo, *Villarroel* un escritor muy popular y estimado en el segundo tercio del siglo XVIII. Tuvo el privilegio singular de ser mirado sin saña y hasta con afición y simpatía por los reformadores de su época, *Luzán*, *Nasarre*, *Montiano*, *Velazquez*, y otros, que sin duda perdonaban su mal gusto en gracia de su donaire y su alegría (2).

Chancero por inclinación, y aficionado á la poesía chabacana, daba á veces en la manía de imitar á Calderón, no imitando en realidad sino aquello que es digno de censura, y levantando el númen con hiperbólicos artificios á costa del buen gusto y de la razón. ¿Qué gesto pondría *Luzán*, tan amigo del estilo lano y natural, al oír á *Villarroel*, en la Academia de la *Marquesa de Sarria*, pintar la aparición de *Santiago en Clavijo* con estas fantásticas y exuberantes imágenes?

(1) Una de las poesías que más hubieron de complacer á la Academia fué el *Romance de enhorabuena á la Condesa de Lemos, por el contrato esponsalicio con el excelentísimo señor don Nicolás de Carvajal y Lencastre, coronel de Guardias de su Majestad*. Tiene trozos escritos con soltura y donaire; pero al acabar se desmanda, como suele, haciendo alusiones de atrevimiento y perverso gusto.

(2) Ya reconocían los individuos de la *Academia del Buen Gusto* la indisciplinación poética de *Villarroel*. Así dice *Porcél*, aludiendo al éxito de sus chocar-

teros donaires, en el seno mismo de la Academia:

«¿Para qué nos están quebrando la cabeza los severos *poesi-peritos* (dice el famoso Molière), embrazando á los ignorantes y vendiéndoles como misterios del Trípede las leyes de la poética? La regla de todas las reglas ¿no es el dar gusto? ¿Qué mayor prueba de cuán vanas son las decantadas reglas del arte, que ver á un poeta que no quiere usarlas, sin más que llevarse de su genial chiste, ganarse la admiración y la complacencia de los mismos graves legisladores?»

Fiendo á su diestra todo  
Su tren potente el Empireo,  
Desde la gola á la greva  
Robustamente guarnido;  
Topacio el arnés lustroso,  
Diamante el yelmo bruñido,  
Y diluvios el estoque  
Reverberando fulmineos;  
Al céfiro tremolando  
Luciente bandera, en que hizo  
Enigmático misterio  
Rubro esmalte en campo niveo;

En bucéfalo volante,  
Que cuajó la esfera á armiños,  
Fuego el alma, horror la vista,  
Rayo el pié, trueno el relincho;  
Estrellas por herraduras,  
Rienda el Sol, jaez los signos,  
Alpe el labio, aliento el Bóreas,  
Roca el cuerpo, iris el giro;  
Fogoso escaramuzando  
En escarceos y brincos,  
Por las campañas del aire,  
El rutilante hipogrifo.... (1).

De esta entonación desmesurada no ha de inferirse que el instinto poético de *Villarroel* fuese propenso á levantarse hasta las nubes donde Góngora encumbraba, perdía ó embozaba sus pensamientos. En el ostentoso y elegante estrado de la *Condesa de Sarria*, ante aquellos graves y melindrosos reformadores del gusto, *Villarroel*, á quien todo se consentía en gracia de su donaire y de su despejo, se atrevía á dirigir á la Marquesa de Sarria y á la Duquesa de Arcos, diosas de aquel Parnaso aristocrático, versos tan chabacanos, que nuestra pluma se resiste á trascribirlos (2). Y cuenta que *Villarroel* había ya mejorado algún tanto su gusto literario, como se echa de ver desde luego comparando sus poesías impresas con las que aún se conservan manuscritas, las cuales corresponden sin duda á época anterior (3). Ni la prestigiosa influencia de aquellas encumbradas señoras, ni la autoridad de los primeros críticos de la nación, ni siquiera los miramientos propios del sacerdote, eran parte para inspirar al poeta la conveniente circunspección. Su índole burlesca era incorregible, y á tal punto llegaba á desmandarse, que la censura, por demas negligente y blanda por aquellos días en materia de urbanidad y decencia, al autorizar la impresión de las poesías de *Villarroel*, se vió en la necesidad de *reservar algunos pasajes*, que probablemente frisaban con la obscenidad. Era audaz hasta en el manejo de la lengua. Sin respetar el uso, árbitro de los idiomas, forma plurales á su antojo, y con cualquier nombre crea un verbo, por más extravagante que resulte (4).

En suma, su desenfado era su númen, y su musa, rebelde á las reglas de origen exótico de los preceptistas de su tiempo, ni se convertía á la nueva ortodoxia poética, ni ésta le quitaba tampoco cierto sabor rancio de la patria, que, en medio de sus extravíos, era acaso la razón principal del contento con que le escuchaban en aquella atildada asamblea de la *Academia del Buen Gusto*, donde su poesía insolente y chocarrera debía sonar como un extraño contraste y hasta como un anacronismo. *Porcél*, en el *Juicio lundático*, que leyó en aquella célebre *Academia*, llama á *Villarroel un gracioso Barrios* (5), un *Marcial castellano*, y más ade-

(1) El romance á que pertenecen estos versos fué sin duda escrito en la mocedad del autor. Se halla ya en el códice que posee el señor don Pascual de Gayángos, y contiene las poesías tempranas de *Villarroel*.

(2) Véase el romance escrito para la *Academia del Buen Gusto* por encargo de la Duquesa de Arcos y la Marquesa de Sarria. — *Poesías sagradas y profanas de don José Villarroel*. Madrid, por Andrés Ortega, 1761, en 4.º, pág. 188.

(3) Consérvanse estas poesías en el citado códice perteneciente á la colección de manuscritos del señor don Pascual de Gayángos.

(4) Sirvan de comprobación los siguientes ejemplos:

1.º

Así dice Holoférnes, cenando con Judit:  
Por la boca y por los ojos

Néctar y veneno bebe,  
Y de licor y belleza  
Se rinde á dos embriagueces.  
Bebe, y quiere beber más,  
Agitado de dos fiebres,  
Que aún no apagáran, helados,  
Dos mares á sus dos sedes.

2.º

A lo que él hizo nobleza,  
¿Quién lo tornó villanía?  
Ni ¿qué borron lobreguece  
Plana que Dios *candidiza*?

3.º

Tu lengua tiene una punta  
Que pasará por encaje,  
Y en el más sabio congreso  
Puede *plenipotenciarse*.

(Poesías de don José Villarroel.)

(5) Alude al judío Miguel de Barrios, poeta del siglo XVII.

lante, en el juicio que pone en boca de *Jacinto Polo*, de un romance del mismo *Villarroel*, hace notar la incoherente y extraña manera con que procede en sus versos el festivo poeta (1). Traslúcese en ellos la prisa y espontaneidad con que versificaba, y sin embargo, se mofaba de los repentistas y blasonaba burlescamente de tardo y flemático en la composición de sus poesías.

Así siempre cantaré:

*A subitanea, difusa  
Et ab improvisa musa,  
Liberanos, Dominé.*

No admito velocidad  
En quien de Aganipe bebe;  
Que esto de despachar breve  
Le toca á su Santidad.  
Rapidez: rapacidad,  
No madurez, me señala,  
Y á flor efímera iguala

Un mérito tenía, y no pequeño: su índole castellana no transigia con el espíritu extranjero, y protestaba, siempre que hallaba ocasión para ello, contra la invasión de ideas francesas, que ya iban cundiendo aceleradamente por todos los ámbitos de España. Así escribía á un ministro de Fernando VI (3):

Castellana es esta musa,  
Y mucho más le valiera  
Que ser musa castellana,  
Ser una musa francesa;  
Pues dicen que nada es bueno  
Como de París no sea,  
Y hasta la misma herejía,  
Si es de París, será acepta.

Tanto era el éxito de los chistes y agudezas de *Villarroel*, que *Porcél*, no satisfecho con haberlo comparado á *Marcial*, coloca al clérigo chocarrero al lado de *Quevedo*, en la carta festiva que escribió al *Conde de Torrepalma* para distraerle de sus pesares:

Mas ¡ah! que en vano porfío  
En adobarte las chanzas,  
Tú sin gusto para oírlas,  
Yo sin genio para hablarlas.

En tiempo de la guerra de sucesión ya era conocido como poeta, y escribió un romance *A una dama prisionera de las armas del señor Archiduque*. Puede conjeturarse que era hombre de avanzada edad cuando leía sus festivos versos en la *Academia del Buen Gusto*.

Dos colecciones de poesías conocemos de este escritor. Una muy copiosa, que conserva en un antiguo códice el señor don Pascual de Gayángos, y otra impresa en Madrid, por Andrés Ortega, el año de 1761. Aquélla, de época anterior, está dedicada al Marqués de Cuéllar, ésta al Marqués de Estepa. En la colección manuscrita hay un chistoso romance (dedicado á un caballero de Ciudad-Rodrigo), en el cual *Villarroel* refiere su vida; pero es tal la exor-

(1) «El autor de este romance (que se llama el *Zángano*) dijo, con razón, que experimentaría la risa y el ceño de los lectores. Es tan cierto, como que no sabré yo decir si he extrañado ó he reído más una retahíla de coplas por tan no esperados caminos y de tan raras combinaciones, que ni se

han visto ni verán.» (*Porcél, Juicio lunático.*)  
(2) Poesías manuscritas de don José Villarroel; códice del señor don Pascual de Gayángos.

(3) El Marqués de la Ensenada.

(4) Véanse en este tomo las poesías de *Porcél*.

Que de duración se aleja,  
Porque muy poca alma deja  
Espíritu que se exhala.

Para una quarteta, iréis  
Advirtiendo en mis poesías,  
Que he menester cinco días;  
Para una quintilla seis;  
Para una octava veréis,  
Aunque me punce y me pince,  
Que nueve; y cuando más lince  
Pueda penetrar á un bronce,  
Para una décima once,  
Y para un soneto quince (2).

¿Cuándo ha de llegar el día,  
Incauta España, en que entiendas  
Que áun aflan contra tí  
Los cuchillos en tus piedras?

¿Cuándo has de desengañarte  
De que, astuta, Francia intenta  
Introducirte los usos  
Para ponerte las ruelas?

¡Quién para ahora tuviera  
La sal de todas las salsas!  
¡Quién se *Quevedoizase!*  
¡Quién se *Villarroelára!* (4).

bitancia de zumba, equívocos y conceptos del romance, que nada puede sacarse en claro. Esta colección no parece destinada á la estampa, sino exclusivamente al recreo y solaz del Marqués de Cuéllar. Así le dice en la dedicatoria:

Plácido admite el obsequio  
De este libro; musa nueva,  
Que á la luz de lo que alumbra,  
Sale desde sus tinieblas....

Siguen á la dedicatoria treinta y dos décimas, *Censuras burlescas de los sujetos más famosos del mundo*, á saber: el *Dios Momo*; el *Rey Perico*; el *Rey que rabió*; *Ticio* y *Sempronio*; *Merlin*; el *Pasquin de Roma*; el *Archipámpano de Sevilla*; el *Sastre del Campillo*; *Juan de Espera-en-Dios*; el *Alma de Garibay*; el *Otro*; el *Padre Manero*; el *Padre Gargallo*; el *Maestro de atar escobas*; el *Licenciado Ablanda-Brebas*; el *Estudiante Pío-Pío*; la *Madre Celestina*; la *Dueña Quintañoa*; *Calainos*; el *Bobo de Coria*; *Agrages*; el *Colegio de los Doctrinos de Salamanca*; los *Sesmeros de su tierra*; la *Casa de locos de Valladolid*; *cuantos aran y cavan*; *Pedro-Grullo*; *Pedro-Botero*; *Pedro Urdemalas*; *Pedro Entre-ellas*; *Pedro por demas*; *Perico el de los Palotes*; *Petrus in cunctis*. No se agotaba fácilmente la vena chancera de *Villarroel*. El afán de apurar las ideas la hacia degenerar en prolija y cansada.

Como hemos visto, era *Villarroel* en la *Academia del Buen Gusto* sinceramente querido y admirado; pero á veces le hacían blanco, pagándole en la misma moneda que él usaba, de burlas familiares extremadas. Una de ellas fué el siguiente soneto burlesco, que hallamos entre los papeles de aquella academia, escrito de mano de *Porcél*:

DIÁLOGO ENTRE VILLARROEL Y LA MARQUESA DE SARRÍA, HABIENDO ÉSTA REGRESADO DEL CAMPO.

V. — Vucelelencia aquí sea bien venida.  
M. — Villarroel, usted sea bien hallado.  
V. — ¿Cómo en la Moraleja se ha pasado?  
M. — Haciendo allí la solitaria vida.  
V. — ¿Ha estado vucelelencia divertida?  
M. — Divertida no he estado, pero he estado.  
V. — ¿Para darse un buen verde allí hay un prado?  
M. — La yerba, de un poeta hallé pacida.  
V. — Yo no pude ir á ver á vucelelencia.  
M. — Pues ¿tuvo usted algun impedimento?  
V. — Un escrúpulo fué de mi conciencia.  
M. — ¿Escrúpulo? ¡Jesus! mucho lo siento.  
V. — Temí no hallar cebada en conveniencia.  
M. — Paja bastaba para tal jumento.

Sin elevación en el númen, ignorado de la república literaria, pero lleno de soltura y de meridional gracejo, escribía por entonces versos festivos un ingenio gaditano, don *Francisco Nieto Molina*. *Moratin* lo clasifica, sin suficiente razón, entre los que llama *poetas tabernarios*; pero no es ménos cierto que por la naturalidad del lenguaje, por el libre espíritu de la inspiración y por algunos destellos verdaderamente poéticos y agudos que de cuando en cuando se descubren en sus obras, hace recordar épocas más afortunadas para las letras castellanas. Nacido en ellas, habria sido acaso un poeta de índole más noble y más alta. Había cultivado la poesía de Góngora, de Quevedo y de otros ingenios señalados del siglo xvii, y se había de tal manera identificado con su estilo, á la par llano y conceptuoso, que sus versos parecen del siglo anterior, con sus resabios de gusto pervertido, pero al propio tiempo con su hablar fácil, rico y numeroso. Sólo en las obras de este poeta, en algunos versos de *Torres* y *Gerardo Lobo*, en algunas comedias de *Cañizares*, *Zamora* y *Candamo*, y en ciertas poesías populares, se encuentra todavía, ya entrado el siglo xviii, aquel sabor de espontáneo y nacional lenguaje, que el siglo xvii, en medio de los extravíos de su decadencia, no había per-